

EL FUSILAMIENTO DE GARCÍA GRANADOS
DESCRITO POR PABLO GONZÁLEZ

SESENTA DÍAS MINISTRO DE GOBERNACIÓN
Por qué García Granados aceptó el cargo y cuál fue
su verdadera actitud ante los actos presidenciales

CANDIDATO A PRESIDENTE 2 VECES
El primer día de la Decena Trágica, le ofreció Huerta
el cargo y, al morir Madero, Félix Díaz lo propuso

EL CONSEJO DE MINISTROS EN QUE FUE DEBATIDA
LA SUERTE DE LOS SEÑORES MADERO Y PINO SUÁREZ
La idea de García Granados de que ambos prisioneros
fueran sometidos a un proceso, fue aprobada por los ministros
presentes y por el propio Gral. Huerta

EL PRIMER CHOQUE SERIO ENTRE EL PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA Y SU SECRETARIO DE GOBERNACIÓN
Ocurrió cuando García Granados pidió a Huerta el cese
del gobernador del Distrito Federal, don Enrique Cepeda,
acusándolo de elemento sin ningún escrúpulo

Las rupturas en el constitucionalismo

CAPÍTULO III

Francisco I. Madero, cuya sincera fe en la democracia le hacía respetar las opiniones de los demás, se mantuvo ajeno a las constantes acusaciones que se hacían al ministro de Gobernación de De la Barra, ingeniero Alberto García Granados, aunque no sin reclamar al presidente interino, el apoyo ilimitado que daba al ministro a “quien usted se empeña en sostener”, le decía.

Por su parte, García Granados, pasadas las tormentas de los meses de septiembre y octubre de 1911, llegó a los últimos días del interinato del presidente De la Barra. Durante su gestión al frente del Ministerio de Gobernación, varias veces había expresado a sus amigos íntimos su resolución de separarse para siempre de la política y de marchar a Europa a continuar sus estudios de economía política y de agricultura, que tanto le interesaban.

REHUSA SU POSTULACIÓN A LA VICEPRESIDENCIA

No faltó, sin embargo, quien buscara el apoyo de don Alberto para construir un partido de oposición al gobierno maderista; pero García Granados se rehusó, como también rehusó contribuir económicamente para la fundación de un periódico opositor.

Meses antes, y siendo todavía miembro del gabinete de De la Barra, el general Bernardo Reyes había pretendido atraerlo a su partido. Al rompimiento de Reyes con Madero, el general, al aceptar su candidatura a la presidencia de la República, tuvo una larga conferencia con García Granados, ofreciéndole la candidatura para la vicepresidencia. Don Alberto rehusó categóricamente la postulación, indicando a Reyes que mientras ocupara el Ministerio no tomaría parte activa en la política electoral y que tampoco estaba dispuesto a renunciar a su alto cargo.

CARGO NO COMPROBADO

Aunque durante el consejo de guerra que lo sentenció a la pena capital, se le acusó de haber conspirado en contra del régimen maderista, este cargo, enérgicamente rechazado por García Granados, no pudo ser comprobado.

Se ha dicho que don Alberto jugó parte activa en la conspiración que culminó con el levantamiento del 9 de febrero de 1913; se le ha mencionado como uno de los asiduos concurrentes a las juntas conspirativas que se llevaban a cabo en la oficina del licenciado José Villela.

Siguiendo empeñosamente los pasos de García Granados, durante el año de 1912 y hasta febrero de 1913, y tratando de reconstruir la vida conspirativa de esos días, no ha sido encontrada huella alguna de don Alberto como conspirador, aunque sí se ve claramente que, como opositor al gobierno del presidente Madero, mantenía relaciones con los principales jefes de la conspiración, y no es aventurado suponer que estuviese al corriente de lo que fraguaban los amigos y partidarios de los generales Félix Díaz y Bernardo Reyes. Posiblemente García Granados tampoco ocultaba a felicistas y reyistas el deseo de ver triunfar una causa adversa a la de Madero.

SUS RELACIONES CON EL GRAL. HUERTA

Y así como seguramente don Alberto estaba enterado de los preparativos de los antimaderistas para llevar a cabo una sublevación en la Ciudad de México, fue también uno de los primeros hombres que supo que el general Victoriano Huerta pretendía un golpe de Estado.

El 9 de febrero, horas después de haber estallado el movimiento de la Ciudadela, el ingeniero García Granados recibió en su residencia de las calles de Londres un llamado urgente del general Victoriano Huerta, quien ese mismo día había sido designado por el presidente Madero, comandante militar de la plaza.

Cuando García Granados llegó al Palacio Nacional para conferenciar con Huerta, el presidente de la República se encontraba en Cuernavaca a donde había ido a traer las fuerzas del general Felipe Ángeles.

Huerta recibió, dando muestras de viva satisfacción, a don Alberto y después de decirle que el movimiento de la Ciudadela no era sino la prueba más evidente del descontento que existía en el país en contra del régimen maderista, le insinuó que no era difícil que todo el ejército federal se uniera a ese movimiento, haciendo caer rápidamente al gobierno del presidente Madero.

Las rupturas en el constitucionalismo

LOS PLANES DE HUERTA

Después de esa breve exposición, el general Huerta hizo saber a García Granados que él, el comandante militar de la plaza, tenía en sus manos la situación militar y que si el ejército todo secundaba los planes del general Félix Díaz, él, Huerta, no podría hacer otra cosa que secundar la actitud de sus compañeros de armas. Pero el problema principal en aquellos momentos, continuó diciendo el general Huerta, no era el triunfo de los sublevados, sino la elección de presidente de la República, ya que consideraba que el general Félix Díaz estaba incapacitado para ello “por su carácter débil” y porque, además, “no gozaba de grandes simpatías en el ejército”.

Huerta aseguró que a la hora del triunfo sería necesario un presidente no solamente enérgico, sino también que tuviera un nombre y prestigio políticos, y terminó proponiendo a García Granados la primera magistratura de la nación. Don Alberto rehusó el ofrecimiento, expresando que se sentía incapacitado para ponerse al frente de un gobierno militar, para lo cual, seguramente, sería necesario un jefe de prestigio en el ejército.

La indicación de don Alberto pareció iluminar al general Huerta, quien ya entonces se concretó a insistir que García Granados aceptara un puesto en el gabinete “en caso de que el ejército se sublevara y derrocaria al presidente Madero”. A la insistencia de Huerta, don Alberto contestó que había resuelto permanecer al margen de las contiendas políticas.

LA GRAN INTRIGA

Cuando García Granados salió del despacho del comandante militar, entraron don Juan Sánchez Azcona, secretario particular del presidente de la República, y don Adolfo Bassó, intendente de Palacio Nacional.

—*Hace usted muy mal en recibir a hombres como García Granados, señalados como enemigos del gobierno* —dijo Sánchez Azcona a Huerta.

El general Huerta quedó sorprendido, preguntando inquieto:

—*¿Cómo sabe Ud. que García Granados ha estado aquí?*

Sánchez Azcona le hizo saber entonces que, encontrándose en la antesala de la comandancia militar, había podido ver la silueta bien conocida de García Granados, reflejada en los vidrios opacos de la propia antesala.

—*Es cierto* —aceptó Huerta—, *aquí estaba el señor García Granados.*

—*General, repito que le hace a usted mucho mal recibir a esos hombres, ya que su actitud puede dar lugar al disgusto de los maderistas. Además, García Granados es un político muy intrigante...* —repitió Sánchez Azcona.

Huerta bajó la cabeza y, nervioso, se quitó los espejuelos y mientras los limpiaba con fruición, dijo:

—*Tiene usted razón, esos hombres son muy intrigantes. ¿No ve usted que García Granados ha venido a proponerme que me subleve contra el presidente? Pero no señor* —agregó el general levantando la voz—, *no señor, yo soy hombre leal, y quien piense hacer daño al señor Madero, itendrá que pasar sobre el cadáver de Victoriano Huerta! ¡El general Huerta estará siempre con el chaparrito!* —terminó diciendo el comandante militar, al mismo tiempo que se calaba los espejuelos.

EN EL GABINETE DE LA CIUDADELA

Al día siguiente, la policía trató de aprehender a García Granados en su domicilio; pero don Alberto se puso a tiempo a salvo, refugiándose en la casa de don Luis Chaparro, en donde permaneció oculto dos días, logrando salir de la Ciudad de México, para refugiarse en la casa de don Juan Zaldívar, en Azcapotzalco durante los últimos días de la Decena Trágica.

Regresó García Granados a la capital al día siguiente de la firma del llamado Pacto de la Ciudadela, en el cual quedó establecido que habría de ocupar la cartera de Gobernación, quedando el resto del gabinete integrado en la siguiente forma: Relaciones, Francisco León de la Barra; Hacienda, Toribio Esquivel Obregón; Guerra, Manuel Mondragón; Fomento, Alberto Robles Gil; Justicia, Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol; y Comunicaciones, David De la Fuente.

La primera noticia de que, conforme al Pacto de la Ciudadela, había sido nombrado ministro de Gobernación, la obtuvo García Granados, no sin poca sorpresa, de su hermano don Ricardo, quien durante los días de la Decena Trágica había estado en dos ocasiones en la Ciudadela.

Más tarde, don Alberto recibió la visita de un oficial del general Victoriano Huerta, invitándole, en nombre de éste, para que pasara a Palacio Nacional a rendir la protesta de ley.

Las rupturas en el constitucionalismo

OTRA VEZ PROPUESTO PARA PRESIDENTE

Don Alberto tenía el propósito de no aceptar el ministerio y así lo hizo saber a sus familiares al momento de salir a Palacio, con el objeto de presentar su renuncia al Gral. Huerta, quien había asumido la presidencia de la República.

Huerta lo recibió, sin permitirle que expusiera razones para rehusar la Cartera de Gobernación, e indicándole, que él, Huerta, no había tenido mal ojo al proponerle la presidencia provisional el 9 de febrero, ya que en las discusiones que se habían suscitado en la embajada americana durante la firma del pacto, el licenciado Rodolfo Reyes lo había propuesto para que ocupara el Ejecutivo de la Unión, con lo que había estado de acuerdo el general Félix Díaz; pero que a última hora, y recordando que la presidencia fuera ocupada por un jefe militar, él, Huerta, había aceptado la designación.

Aceptó al fin, García Granados, no sin antes escuchar, de labios del general Huerta, la promesa de que su gobierno sería provisional, hasta en tanto se llevaran a cabo nuevas elecciones presidenciales.

LA SUERTE DE MADERO

Uno de los primeros asuntos tratados entre el presidente Victoriano Huerta y su ministro de Gobernación, el mismo día 19 de febrero, fue el de la prisión de don Francisco I. Madero y del licenciado José María Pino Suárez, ex presidente y ex vicepresidente de la República.

Huerta preguntó a su ministro de Gobernación qué opinaba debería hacerse con los prisioneros, a lo que García Granados indicó que el asunto debería de ser resuelto conforme a un examen legal, sugiriendo la conveniencia de que se nombrara una comisión especial para tal objeto. Aunque se ha asegurado en varias ocasiones que don Alberto indicó que tanto Madero como Pino Suárez deberían ser ejecutados, la afirmación no puede ser más que resultado de pasión política, aumentada con la leyenda de que García Granados, además de ser un hombre extremadamente autoritario, era capaz de condenar a muerte a cualquier hombre, y con más razón a un enemigo político.

Sin embargo, sin ser una paloma, García Granados era un hombre recto en sus procederes; rectitud que puede confirmarse cuando se conozca la verdadera causa de su renuncia al Ministerio de Gobernación.

EL CONSEJO DE MINISTROS

El 21 de febrero, al mediodía, se celebró en Palacio Nacional una reunión a la que asistieron los miembros del gabinete. En la reunión de ministros, al tratarse de la prisión de los señores Madero y Pino Suárez, García Granados insistió en la proposición que había hecho al general Huerta desde el día 19, en el sentido de que los dos prisioneros fueran sometidos a un proceso, con lo cual estuvieron de acuerdo los ministros y el mismo Huerta, quien entonces pidió a don Alberto, que procediera conforme a las indicaciones que hacía, a lo cual el ministro de Gobernación dijo que daría órdenes al subsecretario, licenciado Rafael Martínez Carrillo para que iniciara un estudio sobre el caso, que sería sometido a la consideración del presidente.

Que García Granados obraba sinceramente lo indica el hecho de que el subsecretario Martínez Carrillo inició desde luego los trabajos para formular el estudio legal, que no fue terminado, debido a que el día 22, Madero y Pino Suárez fueron muertos a balazos por órdenes directas del general Huerta.

El ingeniero Enrique Cepeda, en una declaración que hizo, insinuó que García Granados había tenido participación directa en el crimen. Pero es que Cepeda tuvo, más tarde de la muerte de Madero, un fuerte choque con don Alberto que le hizo salir del gobierno del Distrito Federal. Cepeda jamás perdonó a García Granados el que le hubiese separado del alto cargo, y desde ese momento se dio a la tarea de calumniar al ingeniero, lanzando las más burdas especies –entre ellas la citada declaración– que para quien trate de aclarar la verdad, carecen de valor alguno.

CÓMO SE ENTERÓ DEL SUCESO GARCÍA GRANADOS

García Granados supo la muerte de Madero por boca del mismo general Huerta, quien lo mandó llamar a Palacio Nacional, por medio de uno de sus ayudantes, poco después de las once de la noche del día 22, y cuando ya Madero y Pino Suárez había sido muertos.

El ministro de Gobernación fue el primer miembro del gabinete que llegó a Palacio la noche de la tragedia, escuchando vivamente sorprendido lo que el presidente Huerta le refirió sobre la muerte de Madero Pino Suárez, y conforme a la versión que poco después había de ser publicada oficialmente.

Las rupturas en el constitucionalismo

Frente al ministro de Relaciones Exteriores Francisco León de la Barra, García Granados preguntó al general Huerta la causa por la cual el traslado de los prisioneros, de Palacio a la penitenciaría, no se había hecho desde el día anterior, a lo cual Huerta respondió que los individuos a quienes había comisionado para el caso, habían sido ocupados en el desempeño de otra tarea.

El 24 de febrero, García Granados se presentó nuevamente en Palacio Nacional, y después de una corta conferencia con el presidente Huerta, a quien le hizo saber por segunda vez, su disgusto por la forma como había sido muerto Madero, le entregó su renuncia de ministro de Gobernación.

Huerta rogó al ingeniero que retirara la renuncia, que había enviado al presidente por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores, indicándole que presentada unos dos días después de la muerte de Madero y Pino Suárez, haría aparecer ante el público confirmada la versión de que él, Huerta, era el directo responsable del crimen. Ante la insistencia de Huerta, y ante la nueva y formal promesa de que se harían las investigaciones del caso, hasta descubrir a los verdaderos responsables del crimen cometido, el ingeniero García Granados retiró su renuncia, cuyo original quedó en la Secretaría de Relaciones.

LA RESPONSABILIDAD

La responsabilidad de García Granados en el crimen era de índole moral; era la responsabilidad de todo un grupo que había permitido el entronizamiento del partido militarista mexicano, con la promesa de que los militares solamente permanecerían en el poder mientras que llegaba el día de la elección de un gobierno constitucional. En esa responsabilidad existe ciertamente un problema de ética individual; pero no un problema jurídico de complicidad criminal, a no ser que ésta quiera esgrimirse desde un punto de vista de partido. Además, García Granados, al siguiente día del asesinato, hizo saber a Huerta su resolución de separarse del ministerio; pero Huerta se rehusó a aceptar la renuncia, ofreciéndole que se haría plena luz en la muerte Madero y Pino Suárez, y repitiéndole la promesa de que pronto se convocaría a elecciones.

Horas antes de ser conducido al patíbulo, y cuando ya había perdido cualquier esperanza de salvación, don Alberto, emocionado, dijo a su hijo Rafael, que jamás había deseado ni pensado en la muerte de Madero, ni menos en que Madero fuera asesinado en la forma como lo había sido.

EL CASO CEPEDA

Apenas instalado García Granados en el Ministerio de Gobernación, tuvo el primer choque con el general Huerta, al pedirle el inmediato cese de Enrique Cepeda como gobernador del Distrito Federal. Cepeda, según don Alberto, era un hombre sin escrúpulos, entregado al vicio y quien cuando se encontraba en estado de embriaguez, gritaba a los cuatro vientos que de acuerdo “con su compadre Huerta”, exterminaría a todos los maderistas, y en alguna ocasión pretendió algún acto de salvajismo con algunos de los políticos, lo cual fue evitado gracias a que de ello tuvo oportuno aviso García Granados, quien de nuevo insistió con Huerta para que Cepeda fuera separado del gobierno del Distrito Federal.

El general Huerta trataba siempre de evitar una nueva discusión con García Granados sobre el caso de Cepeda. Sin embargo, el ruidoso asesinato del general Gabriel Hernández, perpetrado por órdenes de Cepeda, hizo que don Alberto se presentara en la presidencia de la República, anunciando al general Huerta su resolución definitiva de abandonar el gabinete.

Huerta no aceptó la renuncia, autorizando, en cambio, a García Granados para que inmediatamente pidiera la renuncia a Cepeda, lo que hizo desde luego el ministro. Esta actitud de don Alberto no la habría de perdonar jamás Enrique Cepeda, quien desde entonces se dio a la tarea de calumniar a quien le había hecho caer del alto puesto que ocupaba. Entre las calumniosas aseveraciones que propaló Cepeda se cuenta la de que don Alberto había sido uno de los instigadores de la muerte de Madero y Pino Suárez.

MÁS DISGUSTOS

La actitud asumida por García Granados en el crimen de Cepeda, resfriaron grandemente las relaciones entre el Ministro y el Presidente de la República, máxime que por esos mismos días, don Alberto sugirió al general Huerta la conveniencia de que indicara al general Félix Díaz, la necesidad de que quitara sus oficinas electorales del edificio del Ministerio de Gobernación. El hecho de que el general Díaz despachara sus asuntos de propaganda electoral en el Palacio de Cobián, lo consideraba don Alberto una violación a la neutralidad del gobierno federal en las elecciones presidenciales que se acercaban ya.

Las rupturas en el constitucionalismo

Huerta prometió a García Granados que trataría el caso con el general Félix Díaz, aunque probablemente se lo dijo sólo con el objeto de evitar la desintegración del gabinete emanado del Pacto de la Ciudadela.

Pero a poco surgió un nuevo incidente entre Huerta y García Granados, motivado por el nombramiento de don Joaquín Pita como Inspector de Policía. Don Alberto se opuso terminantemente al nombramiento, diciéndole a Huerta que la Nación no podía olvidar la actitud de Pita en la jornada revolucionaria del 18 de noviembre en la ciudad de Puebla.

El presidente hizo saber a García Granados que, teniendo compromisos con varios amigos para expedir el nombramiento a favor del señor Pita, no podía revocar su acuerdo. García Granados salió de Palacio profundamente disgustado y ese mismo día, el 24 de abril, envió su renuncia al presidente, quien desde luego la aceptó.

RETIRADO DE LA POLÍTICA

Así terminó la actuación de dos meses del ingeniero García Granados en el gobierno del general Huerta, y aunque se ha dicho que el presidente ofreció a su ex ministro una legación en el extranjero, esta versión no ha sido posible confirmarla en ninguna de las fuentes examinadas.

Lo que se sabe es que García Granados se hizo el propósito de retirarse definitivamente de la política nacional, y así lo expresó públicamente, meses después de haberse separado del gabinete. Retirado completamente a la vida privada, supo que a las puertas de la Ciudad de México se encontraban los soldados de la Revolución. Sus amigos y parientes le rogaron que abandonara el país. Don Manuel Zamacona, apoderado de los intereses de la familia Mier y amigo íntimo de García Granados, se unió de rodillas, a estos ruegos.

—*¿Pero qué crimen he cometido para verme obligado a salir de México?* —contestaba invariablemente don Alberto, sin sospechar que semanas después caería atravesado por las balas de las fuerzas del general Pablo González.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 24 de junio de 1934, año VI, núm. 282, pp. 1-2.